

## El baile en la Argentina de los 40: fiesta de tango

Sergio A. Pujol

*«Cuando alcancé a volver, seguía  
como si tal cosa el bailongo»*

Jorge Luis Borges  
(*«Hombre de la esquina rosada»*)

La década de los 40 es, para la cultura popular argentina, la del cine de teléfonos blancos y los grandes bailes en los clubes y salones de todas y cada una de las ciudades del país. Desde luego, Buenos Aires encabeza el movimiento nocturno. Y el tango oficia la ceremonia. Después del receso de la Gran Depresión que parecía haberla matado, la música porteña vuelve de la mano de las por entonces nuevas orquestas de Juan D'Arienzo, Aníbal Troilo y Carlos Di Sarli, entre otras «A bailar, a bailar, que la orquesta se va...», se oye en un tango de 1943 de Domingo Federico y Homero Expósito. El ocio de miles de adolescentes varones transcurre entre el fútbol con pelota de trapo en el descampado a cualquier hora y el tango. Estas son las diversiones de los bolsillos módicos. Y también de los otros. Los muchachos aprenden a bailar solos, con sus amigos o en las academias del centro y en las de los barrios de estación. Para los más tímidos, está el método por correspondencia de Domingo Gaeta. El profesor tiene la delicadeza de mandar las lecciones en sobre sellado y sin remitente, de modo que la lección sea un pacto secreto entre el docente y el alumno. Un pacto entre caballeros.

Las academias son lugares para sacar pasos y aprender a dominar el espacio de la pista. Hay chicas contratadas que, no del todo liberadas de la vieja connotación prostibularia del tango antiguo, trabajan de acompañantes. En una academia frente al célebre cabaret *Marabú*, todas las tardes se puede bailar pagando un peso por cada diez fichas. Cada ficha equivale a una pieza bailada con una compañera que se deja «marcar» al son de algún disco gastado. En otra academia, en Chacarita, aún se puede practicar con la música de fondo de una orquesta de señoritas. Cinco o seis mujeres que tocan como

autómatas. Así es más divertido que con la pobre victrolera de pañuelito al cuello y pollera negra con tajo, que suele pasarse toda una tarde (o por aún: toda una noche) poniendo discos y dejándose ver lujuriosamente por la clientela.

Y ellas, por su parte, salen bailando casi sin darse cuenta: con los bailes de fin de semana les alcanza. A lo sumo, como hace mucho le pasó a Carmencita Calderón, compañera de baile del mítico Cachafaz, el hermano les da algunos consejos<sup>1</sup>. Muchas milongueras de entonces confiesan haber practicado solas, frente al espejo, con la mera compañía del receptor de radio. Una vez en la pista, terminan de aprender obedeciendo las marcas del varón. Se dejan llevar por ellos, con la mirada perdida por encima del hombro y el brazo derecho recostado sobre el caballero que conduce. Pero eso no quiere decir que no elijan al compañero cuidadosamente. «Yo lo primero que le miraba al tipo que me sacaba a bailar eran los zapatos. Si estaba bien calzado le decía que sí», confiesa una milonguera que no se perdió ningún baile.

Toda oportunidad es buena para bailar, y se baila en todas partes. En un *living* convertido en *dancing*. En ese patio grande que linda con la cancha de básquet del club social y deportivo o, si el tiempo está feo, en el salón principal de la sociedad de fomento. En las muy esperadas veladas de carnaval, los terrenos que rodean el estadio de fútbol se vuelven territorios bailables.

«En aquella época se bailaba mucho en casas de familia», rememora el milonguero Gerardo Portalea. «Nos reuníamos en casas de vecinos y bailábamos con tías, hermanas y amigas. De tarde hacíamos las prácticas entre hombres, en la casa de algún amigo. Todo era muy lindo. En las casas y también en los clubes se bailaba como en una fiesta de casamiento. Toda gente conocida, que saludaba ni bien llegaba al baile con grandes muestras de afecto. Muy distinto a lo que pasaba en el centro, que era más anónimo. Allá los conocidos se saludaban a la distancia, con un pequeño gesto. La cosa era más fría y distante. Y para nosotros, los milongueros de barrio, de club, esa diferencia era muy importante»<sup>2</sup>.

Entre el secreto y lo público, de adentro hacia afuera, el tanto acrecienta su importancia y afirma su legitimidad social. La masividad del género es, sin duda, el rasgo dominante de la década. Como escribe Blas Matamoro,

<sup>1</sup> Para más datos sobre esta notable bailarina, aún en actividad al escribirse este ensayo, puede consultarse nuestro artículo «Carmencita Calderón. Une vie sur la piste du tango» (Courrier International, París, N.º 359, du 18 au 24 septembre 1997).

<sup>2</sup> De conversaciones con el autor. Para un perfil de Gerardo Portalea, véase el artículo «La sabiduría del tango» («Radar», Página 12, 15 de abril de 1998).